

DE CULEBRAS Y OTRAS NACIONES.  
CARLOS FERMÍN FITZCARRALD  
EN LA LITERATURA PERUANA

ON SERPENTS AND OTHER NATIONS. CARLOS FERMÍN  
FITZCARRALD IN PERUVIAN LITERATURE

**Stefano Pau**

Università di Napoli “Federico II”

pau.stefano@ymail.com

📄 <https://orcid.org/0000-0002-6485-6567>

## Resumen

En el artículo se propone un acercamiento a la figura del cauchero Carlos Fermín Fitzcarrald a través del análisis de algunas obras en las que es protagonista o personaje, con particular atención a su relación con las poblaciones autóctonas de la selva y los procesos de “peruanización” del espacio amazónico. En primer término, se abordarán tres obras que dibujan su parábola biográfica y lo celebran panegíricamente como un brillante hombre de negocios que contribuyó al “progreso” del país. En segundo término, se examinarán tres novelas, dedicando particular atención a *Las tres mitades de Ino Moxo* de César Calvo Soriano. Se tratará de enseñar cómo las diferentes obras analizadas responden, cada una por su parte, a diferentes exigencias

estéticas y —sobre todo— políticas, proponiendo imágenes especulares, pero netamente distintas de Fitzcarrald y los pueblos amazónicos.

Palabras claves: Fitzcarrald; caucho; peruvianización de la selva; nacionalismo; Amazonía.

## Abstract

This article proposes an approach to the figure of the rubber entrepreneur Carlos Fermín Fitzcarrald through the analysis of some works in which he is the protagonist or character, with particular attention to his relationship with the native populations of the jungle and to the supposed “Peruvianization” of the Amazonian space. Firstly, we will deal with three works that sketch his biographical trajectory and celebrate him as a brilliant businessman who contributed to the supposed development of the country. Secondly, we will consider three novels, paying particular attention to *Las tres mitades de Ino Moxo* by César Calvo Soriano. We will try to show how the different works analyzed respond, each in its own way, to different aesthetic and —above all— political demands, proposing specular but distinctly different images of Fitzcarrald and the Amazonian peoples.

Keywords: Fitzcarrald; rubber; peruvianization of the jungle; nationalism; Amazonia.

## 1. Introducción

Hasta ahora recuerdo la crueldad de Fitzcarrald y de sus mercenarios. Y de sólo pensar que aquellos genocidas eran hombres, hasta hoy, por momentos, me dan ganas de nacionalizarme culebra, o palosangre, o piedra de quebrada, cualquier cosa... (Calvo, 1981, p. 251)

La cita insertada en la apertura de este artículo procede de la novela de César Calvo Soriano *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía* y presenta una imagen del conocido empresario cauchero que se aleja decididamente de la romantización que ha llegado a obtener fama mundial gracias, principalmente, al personaje, inspirado en su vida, de la película realizada por Werner Herzog en 1982<sup>1</sup>.

En este trabajo trataremos de proponer un acercamiento a la figura Carlos Fermín Fitzcarrald a través del análisis de algunas obras literarias de

las que es protagonista o personaje, con particular atención a su ambivalente relación con las poblaciones nativas de la selva amazónica.

Nuestro punto de partida se basa en la percepción de que, en el Perú, muchas obras de literatura sobre la época del caucho presentan personajes tomados directamente de la realidad histórica, y quienes son los protagonistas de las narraciones, actuando en escenarios fieles a lo real o solo parcialmente transfigurados en los casos de mayor libertad creativa.

Es lo que acontece, por ejemplo, con algunas novelas que reescriben la trayectoria de Julio C. Arana y las violencias del Putumayo (Pau, 2019, pp. 65–88) y es también lo que pasa con Carlos Fermín Fitzcarrald.

En la primera parte del artículo se presentarán algunas biografías sobre el cauchero escritas en los años 40 del siglo pasado y, siguiendo los planteamientos de Herrera (2018, 2020), se enseñará cómo estas se sitúan en el proyecto de inserción y reconocimiento del espacio amazónico emprendido por el Estado peruano.

En la segunda parte se tomarán como referencias algunas obras narrativas en las que Fitzcarrald asume un rol protagónico o en las que, como en la mencionada novela de Calvo, aparece como una constante presencia disimulada que no solo flota en el aire de la narración, sino que subyace a toda la realidad amazónica como un símbolo de las relaciones de poder y de violencia.

## 2. Las biografías sobre Carlos Fermín Fitzcarrald

A la hora de analizar la época del caucho en el Perú, se suele dividir la inmensa región amazónica en dos grandes áreas (Chirif, 2004; Pennano, 1988) que corresponderían *grosso modo* a las actuales regiones de Loreto, al norte y Ucayali y Madre de Dios, al sur. Esta división, efectivamente, refleja algunas grandes diferencias existentes entre las dos zonas, como, por ejemplo, la preponderante presencia de un determinado tipo de árboles productores de látex y su respectivo aprovechamiento, y también la experiencia de dos hombres que se enriquecieron tremendamente gracias a la goma y que pasaron a la historia como los “barones del caucho”. Si el norte, en especial la zona comprendida entre los ríos Putumayo y Caquetá, fue —al comienzo del siglo XX— el feudo de Julio C. Arana; en la zona meridional, la de las cuencas de los ríos Ucayali, Urubamba y Madre de Dios, la figura que asumió mayor importancia, en la última década del siglo XIX, fue la de Carlos Fermín Fitzcarrald.

La parábola de este hombre se dibuja en algunas biografías póstumas que lo celebran panegíricamente como un brillante explorador y hombre de negocios que contribuyó al supuesto “progreso” del país y a la “peruanización” de la inmensa región amazónica, gracias al descubrimiento del istmo que conecta los ríos Ucayali y Madre de Dios a través de sus tributarios menores<sup>2</sup>.

Las obras mencionadas son *Fitzcarrald. El rey del caucho* del escritor Ernesto Reyna<sup>3</sup>; *La exploración del río Madre de Dios por Carlos Fermín Fitzcarrald* de Zacarías Valdez Lozano, un excolaborador de Fitzcarrald, ambas de 1942; y *El verdadero Fitzcarrald ante la historia*, también de Valdez y publicada en 1944 con el propósito de rectificar algunas falsedades presentes en la obra de Reyna y ampliar la información contenida en su primer escrito.

Resulta de gran importancia mencionar el año de publicación de las dos primeras obras, puesto que en 1942 se celebró, por decreto oficial del presidente Manuel Prado, el IV Centenario del Descubrimiento del Río Amazonas (Herrera, 2018, 2020). Como ya indicaba Heymann (2011), a partir de esa fecha, con el aumento exponencial de las publicaciones *amazónicas*, se produce un vuelco en la creación de una identidad literaria regional:

Ya no se trata sólo de escribir *desde* la Amazonía, sino *para* la Amazonía. Los textos ofrecían una nueva percepción de la selva, que ya no era un marco sino un espacio geográfico, histórico, social y económico que había que dar a conocer y reconocer. (p. 137)<sup>4</sup>

En efecto, la finalidad de la conmemoración —y del Comité Científico que la llevó adelante— fue, justamente, la “creación de una continuidad artificial entre el ‘descubrimiento’ del Amazonas y la ‘peruanidad’ de la Amazonía” (Herrera, 2018, p. 129). Por esta razón, se editaron y publicaron numerosas obras que Herrera (2018) divide en tres categorías: publicaciones científicas, biografías y publicaciones literarias de prosa y de tradición oral (pp. 142–158).

Coincidimos con Baca-Oviedo (2018) y con Herrera (2018) en insertar las biografías sobre Fitzcarrald en el marco de estas celebraciones, hecho confirmado, por otra parte, por las palabras de los editores en las notas introductorias a las mismas obras: mientras que en la de Valdez Lozano, al final del prólogo, los editores fechan en “Iquitos, Año Amazónico de 1942” (Valdez, 1942, p. 3), en la de Reyna se dice explícitamente: “Participamos en la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento del Río Amazonas

por españoles, con un privilegiado aporte peruano y peruanista, al publicar este libro de Ernesto Reyna” (Reyna, 1942, p. IX).

La obra de Reyna, a pesar de las numerosas imprecisiones, es frecuentemente tomada como “fuente privilegiada de todos aquellos que se refieren a Fitzcarrald” (Otero Mutín, 2015, p. 11), posiblemente debido a la reconocida legitimidad intelectual de su autor (Baca-Oviedo, 2018, p. 56).

Ernesto Reyna traza un perfil que podría definirse bifrente de su personaje, sobre todo por lo que atañe a su relación con las poblaciones autóctonas amazónicas. En algunas partes del texto, Fitzcarrald es descrito como un descendiente (por lo menos idealmente) de los conquistadores occidentales que, cínicamente, no duda un instante en usar el engaño y la violencia con tal de poder tomar el control de esas personas a quienes necesitará como mano de obra en la extracción de la goma (Fernández y Brown, 2001; Reyna, 1942, p. 22). En otros casos, está representado como su defensor, contrario a cualquier forma de abuso y que confuta los estereotipos que sobre ellas se crean.

Por ejemplo, después de asimilar físicamente Fitzcarrald a los conquistadores españoles —“tenía cierta prestancia exterior de conquistador castellano” (Reyna, 1942, p. 23)—, el autor describe su supuesta visión relativista acerca de las culturas amazónicas, en contraste con la idea que de ellas tenía la mayor parte de los hombres de poder en Iquitos:

El único hombre que podría arriesgarse con éxito en esta empresa<sup>5</sup> era Fitzcarrald, por sus conocimientos y vinculaciones con las tribus campas, humaguacas y otras feroces como los cashivos, a quienes imputaban el ser antropófagos, señalándose que se habían comido a dos oficiales del ejército, a un padre misionero de Ocopa y a una veintena de caucheros. Fitzcarrald se burlaba de todas estas historias de antropófagos, inventadas por algún miedoso sabio, manifestando que los salvajes del Ucayali eran personas más honorables que muchos blancos que él conocía, agregando que solo había que tratarlos conforme a sus usos y costumbres. (p. 24)

En realidad, según Varese (1973) la relación que Fitzcarrald instauró con los indígenas amazónicos era, fundamentalmente, la del explotador con sus explotados: su habilidad fue, en particular, la de aprovechar los roces existentes entre las distintas etnias para conseguir los trabajadores necesarios en la extracción del caucho. En efecto, las alianzas que apuntaban a la captura de futuros trabajadores constituían una de las muchas formas en

las que colonos blancos y poblaciones indígenas entraban en contacto ya que, en muchas ocasiones los líderes locales indígenas se constituyeron en socios de dichas empresas y —mediante acciones guerreras o actividades de intercambio— se abastecieron de "esclavos" indígenas para negociar con los europeos o sus descendientes (Pineda, 1985, p. 17; Gow, 1991, pp. 40–41)<sup>6</sup>.

En otras muchas ocasiones, las relaciones entre los empresarios caucheros y los líderes y trabajadores indígenas fueron regidas por lo que Santos Granero (2020) llama "pacto gomero", es decir una suerte de acuerdo que garantizaba, desde la perspectiva indígena, algunas ventajas: en primer lugar, la habilitación proporcionaba bienes útiles y anhelados por los indígenas y, además, el acercamiento a los patrones se insertaba en una estrategia de "pacificación de los blancos" y de búsqueda de un nuevo tipo de relaciones horizontales en los que las comunidades indígenas podían alcanzar agencia propia. Esto, claramente, no deja de lado la existencia de las conocidas situaciones de explotación.

Volviendo a la obra de Ernesto Reyna, la figura de Fitzcarrald es frecuentemente descrita con términos entusiastas, incluso a través de las palabras de personajes que lo conocieron, quienes subrayan sus supuestas cualidades físicas e intelectuales: "cuando vi a Fitzcarrald lo vi como se miraría a un súper-hombre" (Reyna, 1942, p. 56). Se trata sobre todo de dar una imagen humanitaria, generosa e incluso filantrópica: "según personas que lo conocieron, Fitzcarrald conquistó a las tribus indómitas de la selva peruana más con su inteligencia y sagacidad que con la fuerza de las armas" (p. 81).

Empero, aseveraciones de este tipo son desmentidas por la descripción que tanto Reyna como Valdez proponen de las empresas bélicas llevadas a cabo por el cauchero quien, con tal de obtener libertad de acción en los territorios ocupados para el trabajo de la goma, no duda en realizar verdaderas matanzas de indígenas, en particular de la etnia harakmbut (llamados por los dos autores, como era habitual en la época, "mashcos") y ese-eja (llamados "huarayos"), las cuales se negaron a dejar pasar libremente a Fitzcarrald y sus hombres por su territorio (Pennano, 1988, p. 158).

Reyna relata detalladamente los numerosos enfrentamientos entre los dos bandos, tratando de culpar a los indígenas, descritos como soberbios, obtusos y refractarios al "progreso". La respuesta a la resistencia indígena es entonces dejada a las armas: "para terminar con los Mashcos, Fitzcarrald preparó una correría, con muchas canoas e indios, al mando de sus tenientes Maldonado, Galdos y Sánchez. Natividad Maldonado limpió de Mashcos

Sahuinto-Quebrada, matando a varios indios, y tomando prisioneros a sus mujeres y tiernos hijos” (Reyna, 1942, pp. 46–47).

Parece necesario subrayar cómo los mismos verbos empleados para la descripción de esta batalla asumen un carácter tremendamente violento: “terminar con” y “limpiar” dan perfectamente la idea de la finalidad perseguida por la expedición: la limpieza étnica de las poblaciones hostiles que se oponían a la usurpación de sus territorios. A estos términos corresponde luego un torpe intento de rehabilitar la figura del condotiero, con alusiones a su magnanimidad y la justificación del uso de la violencia como inevitable reacción al comportamiento de los harakmbut, únicos supuestos responsables de la matanza de la que son víctimas.

Las batallas entre los hombres de Fitzcarrald y los indígenas resistentes se tiñen, en ocasiones, con los tintes de las cruzadas, de reconquista, con el reiterado uso de apelativos que dividen los dos bandos según uno de los canónicos elementos de las empresas coloniales: la religión. Los indígenas son llamados entonces “infeles”, mientras el contingente de los invasores es denominado genéricamente como “cristianos”, los buenos por antonomasia (Reyna, 1942, pp. 83–86). Cuando termina la batalla, la zona está cubierta de cadáveres y el río es finalmente “conquistado a la civilización con la sangre generosa de tantos anónimos caucheros” (Reyna, 1942, p. 87). Los “salvajes”, los “bárbaros” son derrotados una vez más “bajo el plomo de la Ley civilizadora” (Reyna, 1942, p. 148).

El convencimiento, o tal vez la autojustificación, de que la violencia fuera una medida necesaria para el establecimiento de zonas de extracción de la goma también aparece frecuentemente en las memorias de Zacarías Valdez Lozano, quien participó en primera persona en muchos de los acontecimientos mencionados. En varios fragmentos, el excauchero subraya cómo el fin justificaba cualquier abuso en contra de poblaciones descritas como feroces y salvajes. A la hora de recordar los muchos enfrentamientos ocurridos, sobre todo con el pueblo de los mashco, Zacarías Valdez dice “las armas que utilizamos eran carabinas Winchester y constituían el único código para imponer la ley del más fuerte, como andando el tiempo se hizo ley del cauchero” (Valdez, 1944, p. 22).

La ley que opera en la selva es, según el autor, la de la violencia, necesaria para alcanzar el patriótico objetivo de traer la civilización en las zonas más remotas del país. Una zona en la que solamente hombres del valor de Fitzcarrald podían atreverse a ingresar, porque hasta entonces “el que se arriesgaba



por esos parajes de la selva, no volvía más al mundo de los vivos. Se lo tragaba la selva” (Valdez, 1942, p. 13), palabras en las que retumba el célebre final de la novela de José Eustasio Rivera, *La Vorágine* (Rivera, 1980, p. 203).

Arrebatárles las tierras a las poblaciones indígenas se vuelve así un elemento necesario a la avanzada del “progreso” en tierras que frecuentemente son descritas como vírgenes, y en las que “estos pobres indios salvajes de la América no habían logrado salir aún de la Edad de la piedra labrada, del hombre primitivo” (Valdez, 1942, p. 12).

Si bien es cierto que la segunda obra de Zacarías Valdez nació con la explícita finalidad de emendar algunas imprecisiones del libro de Reyna, lo que el mismo autor no pudo rectificar es el uso de la fuerza para subyugar a las poblaciones autóctonas. Los medios violentos, “un tanto recios, pero justificables” (Valdez, 1944, p. 6), en ningún momento son denegados por el excauchero y las descripciones del agua del río Manu que ya no se podía tomar, “porque se encontraba sembrado de cadáveres de Mashcos y caucheros” (Valdez, 1942, p. 10, 1944, p. 19) revelan sin posibles ambigüedades lo que significó la explotación cauchera en la región.

En este contexto, no sorprende el énfasis que tanto Valdez como Ernesto Reyna ponen en subrayar el carácter pionero de las invasiones llevadas a cabo por Fitzcarrald y sus hombres, ni tampoco sorprende la frecuencia con la que los episodios más representativos —el final de las batallas, el descubrimiento del istmo, la fundación de campamentos y aldeas, el encuentro con los bolivianos— estén acompañados por el acto simbólico de levantar la bandera peruana (Valdez, 1942, pp. 12–13, 1944, pp. 23–24). Como si fueran nuevos Colón, Cortés o Pizarro, los caucheros también marcan, con su bandera, la conquista y la colonización de los “nuevos” territorios. Tales referencias al izamiento de la bandera parecen así funcionales al discurso de inserción del espacio amazónico al interior del Estado peruano: una peruanización exclusivamente económico-política, pero absolutamente antisocial. Las naciones indígenas, según lo que se percibe en las biografías analizadas, bien pueden sacrificarse en nombre del supuesto progreso económico.

### **3. Obras narrativas sobre Fitzcarrald**

Como señala Baca-Oviedo (2018), después de su publicación, las obras biográficas sobre Fitzcarrald fueron progresivamente olvidadas con el paso de los años, hasta por lo menos los años 80 del siglo pasado, cuando la figura del cauchero volvió a cobrar vida (p. 61). Esto se debe sobre todo al director



de cine alemán Werner Herzog, quien —entre 1979 y 1981— rodó, entre muchísimas dificultades y críticas, la película *Fitzcarrald*, libremente inspirada en el personaje histórico (Baca-Oviedo, 2018; Congiu, 2014; Herzog, 2010; Monod, 1980; Romio, 2016; Sabourin, 1980).

Según Baca-Oviedo (2018), la reescritura de la vida de Fitzcarrald presentada en la película influenció las sucesivas narrativas centradas en él, sobre todo por lo que concierne el episodio del descubrimiento del istmo y del traslado del barco a través de la colina, y también por su supuesta pasión por la música lírica.

Este último tema aparece, por ejemplo, en *El socio de Dios*, una novela de 2011 de Federico García Hurtado (2011). En realidad, se trata una adaptación del guion —escrito en colaboración con Róger Rumrill— de la película homónima que el mismo García dirigió en el año 1987.

La presencia de Fitzcarrald en esta obra es anómala, ya que la misma está centrada en la vida de Julio César Arana, el otro magnate del caucho que, sin embargo, nada tuvo que ver con él. En efecto, los eventos narrados se desarrollan en la primera década del siglo XX, a unos diez años de la efectiva muerte de Fitzcarrald, acontecida en el año 1897.

Federico García vuelve a proponer el apelativo empleado por Reyna, el de “rey del caucho”, para presentar al personaje en contraposición al protagonista, Arana, llamado “el socio de Dios”: de hecho, los dos son competidores en el negocio de la extracción y exportación del caucho. En la novela, Fitzcarrald representa una de las principales piezas del supuesto complot urdido por las potencias internacionales, en especial el Reino Unido, para hundir el negocio del caucho amazónico y la Peruvian Amazon Company (PAC) de Arana (Pau, 2019, pp. 72–73). Con la ayuda del cónsul inglés Cazes y del fotógrafo estadounidense Perkins, Fitzcarrald consigue unas fotografías que testimonian las violencias llevadas a cabo en los territorios del Putumayo por los hombres de la PAC y las hace públicas. Arana, visto el peligro representado por Fitzcarrald, decreta su condena a muerte.

El escenario de la muerte de Fitzcarrald, que será hallado en una playa en las orillas del Amazonas, enreda los acontecimientos históricos con la ficción:

Lo hallaron hace una semana, seguro chocó con una palizada y el lanchón en que viajaba naufragó. Lo curioso es que solo han hallado dos cuerpos:

el del infortunado Fitzcarrald y el de Vaca Díez que murió también en el accidente. (García Hurtado, 2011, p. 112)

Más allá de la referencia a la muerte en el río, en *El socio de Dios* nunca se mencionan otros aspectos de la vida real de Fitzcarrald, por lo menos los que se pueden desprender de las biografías de Reyna y de Valdez. En su primera aparición en el texto se le tilda de “aventurero loco” y se menciona varias veces su gran éxito en el negocio cauchero, pero no aparece —por ejemplo— ninguna referencia a sus campañas contra los indígenas del Madre de Dios o al descubrimiento del istmo.

La inserción del personaje Fitzcarrald en el libro (y en la película) de Federico García parece ser, por ende, exclusivamente instrumental a la insinuación de la existencia de la conspiración internacional, pero esto no basta para justificar por qué precisamente se le incluya a él. La decisión del autor de recuperar su figura podría haber sido dictada justamente por el éxito internacional que —pocos años antes del estreno de la película de García— obtuvo el filme de Herzog, y esto explicaría también las numerosas referencias a la pasión por la música y a la ópera de Manaus presentes en *El socio de Dios*<sup>7</sup>.

La influencia de la película de Herzog, según Baca-Oviedo (2018), se da también —sobre todo por lo que se refiere al episodio del traslado del barco— en una biografía novelizada publicada por Rafael Otero Mutín en 2015: *Fitzcarrald. Pionero y depredador de la Amazonía* (Otero Mutín, 2015). Este autor reescribe la parábola del cauchero tomando como referencia no solo las obras de Reyna y Valdez, sino muchos otros documentos que abordan su historia, y propone una narración que es difícil enmarcar en un género literario determinado: a pesar de tener muchos elementos de biografía, los diálogos ágiles y las descripciones detalladas proporcionadas por el narrador extradiegético, a las que se añaden elementos de la cultura amazónica (relatos de los pueblos autóctonos, referencias históricas y geográficas bien documentadas), la asimilan más a una novela de corte histórico.

Debido a algunas apreciaciones positivas que el personaje Fitzcarrald propone de sus dependientes indígenas del pueblo yine (llamados también “piro”) y de la relación existente entre ellos y el cauchero, Baca-Oviedo (2018) sugiere que “el objetivo del autor es evidente, mostrar una armonía imposible en la colisión de estas dos civilizaciones. A pesar de haberle

llamado “depredador”, Otero insiste en darle a su versión de Fitzcarrald una dimensión intercultural (...) más tolerante con una cultura ‘otra’<sup>8</sup> (p. 89).

De nuestro lado, no creemos que Otero quiera presentar una versión de Fitzcarrald respetuosa de las diversidades culturales. Al contrario, el retrato que el autor propone parece ser verosímil. No se puede olvidar que, si bien la mayoría de los caucheros indígenas fueron obligados con métodos coercitivos a trabajar para los patrones, algunos de ellos entrelazaron relaciones comerciales pactadas (Santos Granero, 2020), como bien lo atestigua la experiencia de Venancio Atahualpa o de los curacas piro Agustín, Francisco, Jacinto y Ronquino (Valdez, 1944, p. 13).

A lo largo de la novela, Otero muestra frecuentemente tal ambivalencia en las relaciones que Fitzcarrald entreteje con las poblaciones indígenas, pero sobre todo hace que su personaje principal exprese reiteradamente su opinión acerca de los pueblos autóctonos, los cuales únicamente estorbarían la avanzada del progreso. En una ocasión, parecen incluso retumbar las palabras del expresidente de la República Alan García Pérez sobre lo que él definió el “síndrome del perro del hortelano” (García Pérez, 2007) de los indígenas amazónicos, es decir el no aprovechar los recursos naturales y no dejar que otros lo hagan:

Los he reunido para que me ayuden a pensar la mejor manera de desaparecer a estos salvajes, que hoy por hoy constituyen el único obstáculo que tenemos. Nada ni nadie se interpondrá a que explotemos este territorio que nos pertenece a todos los peruanos; menos aún unos cuantos salvajes con sus flechas y lanzas. (Otero Mutín, 2015, p. 62)

Más que la supuesta actitud intercultural de Fitzcarrald, Otero parece mostrar su propia opinión acerca de las diversidades culturales. Por ejemplo, cuando dice que la codicia le impidió a Fitzcarrald ver cómo las poblaciones autóctonas vivían en armonía con la naturaleza, “en pleno proceso de desarrollo de su organización social”, y que a causa de la ceguera de la fiebre del caucho “no vio gente sino salvajes que podían ser usados como peones, mano de obra que necesitaba para extraer el caucho y hacerse rico” (p. 78). Los indígenas son, para el Fitzcarrald de Otero —de manera acorde a la versión de sus primeros biógrafos—, “un recurso más que podía ser explotado para sus propósitos extractivistas” (p. 80).

Por otra parte, las referencias a Reyna y Valdez se hacen patentes también en el empleo de los mismos verbos que ellos utilizaron para referirse

a las expediciones punitivas en contra de los harakmbut y ese-eja: así, “los ríos deben quedar limpios de esos salvajes” (Otero Mutín, 2015, p. 102).

En la obra de Otero vuelve también, como era de esperarse, el tema de la importancia de las exploraciones de Fitzcarrald relacionada a la integración del espacio amazónico al interior del Estado. Se nos propone así un discurso que el cauchero habría pronunciado frente a las principales instituciones iquiteñas:

Con este varadero estamos integrando los vastos territorios del Manu, Madre de Dios y afluentes, al resto del país, a través de los ríos navegables de nuestra Amazonía. Sus territorios vírgenes e inexplorados, luego de este descubrimiento han pasado a formar parte de los recursos que podrán ser aprovechados por todos los peruanos. (...) Señores, hemos abierto una nueva ruta que nos llevará hacia el progreso de Loreto y del Perú. ¡Viva Loreto!, ¡viva el Perú! (Otero Mutín, 2015, pp. 145–146)

En este fragmento, los territorios de la selva son percibidos nada más que como recursos listos para ser explotados, sin que se tome en cuenta la presencia de las muchas personas que habitan esas regiones quienes, por ende, no solo no son reconocidos como legítimos ciudadanos peruanos, sino que ni siquiera como personas<sup>9</sup>.

#### 4. Fitzcarrald en *Las tres mitades de Ino Moxo*

Mientras Herzog rodaba su película, vio la luz otra novela que, entre otros elementos, volvía a presentar la figura de Carlos Fermín Fitzcarrald y recuperaba las memorias —hasta entonces casi olvidadas— de su excompañero Zacarías Valdez. Se trata de *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía* de César Calvo Soriano (1981).

Como frecuentemente se ha dicho, la novela —considerada el mayor logro estético-ideológico de Calvo (Elguera, 2013)— es una obra compleja, extraña y singular (Dillon, 2016; Espino, 2013; Marcone, 2017), en la que se entrecruzan varios planos de la realidad, varias concepciones del tiempo y del espacio, y desde la que se cuestiona la mirada exótica sobre la selva (Espino, 2013, p. 42).

El mismo autor, en las palabras introductorias de su “Envío”, dice que “en verdad este libro no es un libro. Ni una novela ni una crónica. Apenas un retrato: la memoria del viaje que yo cumplí sonámbulo, imantado por

indomables presagios y por el *ayawaskha*, droga sagrada de los hechiceros amazónicos” (Calvo, 1981, p. 22) y para dar prueba de la verosimilitud de su relato continúa diciendo que:

todo, absolutamente todo lo que este texto informa, consta en diecisiete cintas de grabación, consta en las fotografías y el vocabulario incluidos al cabo de lo escrito, consta en cierto libro cometido por el cauchero Zacarías Valdez e impreso en 1944 bajo el título de "El Verdadero Fitzcarrald Ante la Historia", uno de cuyos ejemplares encontré en la Biblioteca del Concejo Municipal de Maynas, y consta esencialmente en la paciencia de los Magos Verdes que accedieron a develarnos algo de sus misterios y de sus ministerios. (p. 22)

El tema de la explotación del caucho y lo que significó para las poblaciones indígenas está presente de forma explícita desde la primera línea de la novela, cuando, sin ambages, Calvo se refiere al exterminio de los nativos amazónicos por parte de los caucheros (Calvo, 1981, p. 21) y continúa poco después, cuando, en una anticipación del ansiado encuentro con el brujo Ino Moxo, este —al enumerar las entidades que se pueden escuchar en el bosque— menciona también “la shiringa, ese caucho que sin querer nos trajo las desgracias” (p. 27).

Este argumento cobra relieve con el paso de los capítulos, apareciendo de forma implícita a lo largo de toda la narración como un elemento que sintetiza y ejemplifica la disparidad en las relaciones sociales entre la población nativa amazónica y la de ascendencia europea, los “virakochas”, que en repetidas ocasiones trataron de adentrarse en el espacio de la selva. Se conforma como el emblema de la violencia que, en nombre del progreso, los colonos ejercieron contra las poblaciones autóctonas, tanto directamente, con las matanzas y la imposición del trabajo coercitivo, como de forma indirecta, contribuyendo a la alteración y exacerbación de las relaciones interétnicas.

Finalmente, en el tercer capítulo —en el que los personajes, después de un largo peregrinaje, encuentran al gran brujo de los amahuaca, Ino Moxo— Calvo introduce fragmentos extraídos de la biografía escrita por Zacarías Valdez. El autor nos presenta cinco<sup>10</sup> de longitud variable que, en la mayoría de los casos, son propuestos de manera especular al texto original, con mínimas modificaciones en la puntuación o en la organización sintáctica: de hecho, no es necesario modificar las palabras del cauchero para que

estas contrasten de forma evidente con lo que los personajes viven, sienten y oyen de la voz del chamán. Solo con volver a proponer en otro contexto esos discursos, Calvo subraya su visión colonialista y consigue dar un vuelco innovador a su interpretación.

Empero, en otros casos, Calvo interviene libremente sobre el hipotexto con sustanciales modificaciones que, como anota Baca-Oviedo (2018), transforman el texto de Valdez en una conversación, en un testimonio sacado de una entrevista que conferiría una mayor solidez a nivel de verosimilitud (p. 63). Ya desde el primer fragmento se introduce el verbo “dice” (Calvo, 1981, p. 205), que transforma el relato autobiográfico en un discurso directo, al cual siguen más adelante las frases “debo contarte que” (p. 206) y “algo más te diré” (p. 221), pronunciadas por Valdez y ausentes en sus memorias, que presuponen la presencia de una segunda persona (Baca-Oviedo, 2018, pp. 63–64). Esta presencia y el recurso de la entrevista simulada se explicitan en el tercer fragmento, cuando aparecen de forma clara las preguntas y respuestas de los dos interlocutores:

-¿Alguna vez combatieron ustedes contra los amawaka?

-‘Por supuesto’, se enorgullece Zacarías Valdez, ‘peleamos varias veces contra esos antropófagos. Recuerdo especialmente una ocasión, a eso de las ocho de la mañana, en una encañada, comenzaron a atacarnos los amawaka con flechas desde ambas orillas. Los nuestros contestaban con disparos de carabina. Nuestras embarcaciones seguían río abajo y dejamos la zona de lucha. A las cuatro de la tarde tuvimos el combate más encarnizado en cuyo curso resultó herido un hombre...’

-¿Un solo hombre?

-‘Uno solito, nadie más’.

-¿No murió ningún amawaka?

-‘¡Ah!... De ellos mataríamos no menos de doscientos. Cuando los vimos ya vencidos atracamos y entramos al monte a perseguirlos. Cosa rara, no encontramos a nadie, quiero decir a nadie vivo, como si se los hubiera tragado la tierra, como si se hubieran vuelto invisibles. Logramos otra vez dominar la situación gracias a nuestras armas de fuego. Pero los salvajes reaparecieron como por encanto cuando embarcamos de nuevo en las canoas. [...] Bravos como los *campá*, quizás peores, eran los amawaka. [Énfasis agregado] (Calvo, 1981, pp. 215–216)

El fragmento mencionado representa una de las mayores innovaciones que Calvo propone con respecto al texto base. Introduce así algunos

elementos que caracterizarían al pueblo amahuaca, percibidos como unos misteriosos salvajes caníbales por Valdez y que, sin embargo, gracias a la guía de su jefe-chamán Ino Moxo, consiguen de alguna forma enfrentarse con los invasores para luego desaparecer.

Otra intervención de Calvo sobre lo contado por Valdez aparece en la reescritura del episodio protagonizado por el jefe asháninka Hohuaté, quien trabajó como guía para Valdez después de la muerte de Fitzcarrald. El desenlace de la historia de este hombre —quien además fue bautizado y apadrinado por el expresidente Andrés Avelino Cáceres— es reelaborado en relación a su muerte, acontecida de forma incomprensible, “viroteado” con un dardo envenenado por su antiguo rival Inganíteri, uno de los personajes que actúa en varias dimensiones espacio-temporales a lo largo de la novela.

El tercer gran cambio que Calvo (1981) propone tiene que ver directamente con el episodio de la muerte de Fitzcarrald:

*Acaecida la tragedia y después de verificado el recuento de los sobrevivientes, notamos que el viejito Perla no estaba, seguro que él también había muerto. Quedaron entonces nuestros remeros piros con orden de efectuar la búsqueda de los cadáveres, habiendo encontrado a los dos días el cuerpo de Fermín Fitzcarrald atascado en la palizada de un remanso. Nunca se halló el cadáver del cauchero boliviano Vaca-Díez ni el cadáver del motorista Perla. La tragedia fue más de lo que supones, me dice Zacarías Valdez, porque en el camarote del 'Adolfito' los dos caucheros más grandes del Perú y Bolivia estaban festejando la fusión de sus fuerzas para explotar mejor el caucho y traer más progreso para la Amazonía y para la Patria... [Énfasis agregado] (pp. 227–228)*

La supuesta desaparición del cuerpo del motorista del “Adolfito”, Perla, contradice tanto la versión de Valdez como las de Reyna y de Otero. En efecto, pocas líneas antes, Ino Moxo cuenta algunos episodios de su niñez, de su formación como chamán al lado de su maestro Ximu, y, en especial, una ocasión en la que —en el transcurso de una visión inducida por la ayahuasca— asistió al naufragio de un barco:

*Se hundía el barco y se salvaban todos los pasajeros menos dos, todos saltaban del barco que iba de frente hacia un gigantesco remolino, una muyuna, y el motorista del barco era un niño de mi edad, como yo era, y decía me llamo Aroldo Cárdenas. (p. 226)*



Aroldo Cárdenas es el hermano de Ruth, la esposa de Don Javier, uno de los brujos encontrados por el narrador al comienzo de la novela. Este fue raptado por otro shamán y convertido en un *chullachaki*, es decir, en un ser capaz de tomar el semblante de otras personas y frecuentemente asimilado a los duendes. Aroldo es, según Dillon (2016), un “aculturado al revés” (p. 329) como Ino Moxo, un niño mestizo raptado en su infancia por los amahuacas para poder, una vez crecido, conseguir las armas necesarias para oponerse a los caucheros.

Calvo, al asimilar Aroldo Cárdenas al motorista Perla, no permite dudas sobre la muerte del cauchero: el trágico final de Fitzcarrald es una venganza de los indígenas. Lo dice claramente en la última sección del libro, un vocabulario que tiene una función mucho más importante que la de un simple glosario de regionalismos y palabras en lenguas indígenas: es también parte de la narración. Ahí, analizando el lema “Fitzcarrald” se nos dice que el hundimiento del barco se debió a los “hechizos del gran brujo amawaka Ximu” (Calvo, 1981, p. 340).

La vida entera de Ino Moxo, por lo menos desde su segundo nacimiento como amahuaca, se conforma como la antítesis de la de Fitzcarrald, tanto que Dillon (2016) llega a definirlo su “contrafigura” (p. 329). Una vida que son muchas vidas, de oposición y denuncia de ese supuesto “progreso” en nombre del que “se despoja y se balea” (Calvo, 1981, p. 207) a los indígenas amazónicos.

#### **4. Conclusiones**

Volviendo a la cita inicial, nos parece fundamental subrayar el cambio de perspectiva y el desilusionado sarcasmo con el que Calvo y sus personajes conciben el concepto de nacionalidad.

Si en los años 20 el mismo José Carlos Mariátegui escribía que la región amazónica, que él llamaba montaña, sociológica y económicamente, carecía aún de significación (Mariátegui, 1984, p. 204), al llegar a 1942, con la celebración del IV Centenario del Descubrimiento del río Amazonas, “se considera que la Amazonía está definitivamente peruanizada y que lo único que hace falta es hacer de ella un elemento constitutivo de la identidad nacional, de la peruanidad” (Herrera, 2018, p. 136). La celebración tiene exactamente esta función porque, en realidad, el inmenso espacio de la selva seguía (y en parte sigue) siendo desconocido para la mayoría de la población

peruana, una tierra considerada sin historia, deshabitada y que esconde un incalculable potencial de riquezas por explotar.

La publicación de las biografías de Fitzcarrald escritas por Reyna y Valdez Lozano cumplen con el propósito de mostrar el esfuerzo por integrar el oriente al territorio nacional (Herrera, 2018, p. 148) llevado a cabo, especialmente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Se trata de una integración que rima con colonización y explotación, en busca de un progreso entendido exclusivamente desde un punto de vista económico-extractivista.

Esta visión es parcialmente refutada, décadas después, por las obras narrativas que incorporan la figura de Fitzcarrald al interior de su galería de personajes. Si bien es cierto que en *El socio de Dios* se denuncia en líneas generales la explotación indígena en la extracción del caucho, su voz y su perspectiva están casi completamente ausentes, y la inserción del personaje Fitzcarrald, más que tener una finalidad específica, parece ser un guiño al lector, ya familiarizado con su existencia gracias a la película de Herzog. Por su parte, el libro de Otero, a pesar de acercarse a las posturas contemporáneas que abogan por la interculturalidad y el reconocimiento de las poblaciones indígenas al interior del país, delata una disimulada fascinación por el halo mítico que rodea a Fitzcarrald.

Quien asume una posición diametralmente opuesta a la mitificación, a la apología de Fitzcarrald y al presunto progreso que él representaría, es César Calvo y *Las tres mitades de Ino Moxo*. Gracias a las palabras del brujo de los amahuaca, se le concede al autor, a sus transposiciones literarias y al público lector:

conocer la razón verdadera, y no el pretexto, que trae a nuestra selva a la llamada civilización. Porque lo que es progreso para el blanco, para el indio es regreso. Para el blanco de ayer el caucho fue oro, para el indio fue exterminio. Para el blanco de hoy el petróleo es la vida, para el indio es la ruina, la peste, el desarraigo.

¡Verás quiénes han sido y quiénes son, en realidad, los bárbaros, quiénes los caníbales y quiénes los cristianos!... (Calvo, 1981, p. 159)

Porque si Fitzcarrald —citando las palabras de Pedro Barrantes, editor de la biografía escrita por Reyna— es un “ejemplo sin par de peruano constructivo” (Reyna, 1942, p. 3), tanto vale nacionalizarse culebra.

## Notas

- 1 Se trata de una imagen que sigue presente en la misma Amazonía; cabe mencionar, por lo menos, los numerosos elementos que lo recuerdan: desde restaurantes y hoteles inspirados en la película del director alemán, hasta una céntrica calle de la ciudad de Iquitos que lo celebra.
- 2 La posibilidad de una conexión entre los ríos se concretizó entre 1891 y 1893 y el istmo se volvió importantísimo, porque permitía acortar de manera notable los viajes de los barcos y acelerar el transporte de las cargas (en particular, obviamente, del caucho). La empresa de Fitzcarrald desató la creatividad del cineasta alemán Werner Herzog: transferir un entero barco de un río a otro pasando por la colina que los separa es, de hecho, la escena central de su película *Fitzcarrald*, de 1982.
- 3 Autor de la conocida obra *El Amauta Atusparia*, cuya introducción a la primera edición de 1929 fue escrita por José Carlos Mariátegui.
- 4 La traducción de la cita del francés es mía.
- 5 Está hablando de la extracción del caucho a lo largo del río Ucayali.
- 6 En algunos casos se crearon relaciones duraderas, como la que el mismo Fitzcarrald instauró con el curaca asháninka Venancio Amaringo Campa, que luego se conocerá como Venancio Atahualpa. Venancio al principio trabajó para él, capturando, junto con una pequeña tropa de hombres bien armados, trabajadores para la goma y eliminando la competencia con ataques precisos. Después de la muerte de Fitzcarrald pasó a las dependencias de su hermano Delfín, para luego independizarse y volverse en uno de esos raros ejemplos de jefes indígenas que se convirtieron en patrones caucheros (Santos Granero y Barclay, 2002, pp. 72–74).
- 7 Sobre este tema, Róger Rumrill dice: “cuando yo trabajé la sinopsis y luego el guion, con Fico, nunca insertamos a Fitzcarrald en la historia. El personaje fue incorporado por Fico durante el rodaje. Yo ya no estaba presente” (R. Rumrill, comunicación personal, 31 de enero de 2022).
- 8 La traducción de la cita del francés es mía.
- 9 En efecto, la idea de democracia oligárquica no preveía la inclusión en calidad de ciudadanos de gran parte del país: no solo la población indígena, sino también la mestiza, la asiática o la afrodescendiente.
- 10 El primero se encuentra en las páginas 205–206; el segundo en las páginas 208–210; el tercero: 214–216; el cuarto: 221–224 y el quinto: 227–228. Nos referimos a la edición príncipes de la novela, de 1981.

## Referencias bibliográficas

- Baca-Oviedo, R. (2018). *Du film au récit: constructions verbales et visuelles à travers le phénomène Fitzcarrald(o)*. École des hautes études en sciences sociales.
- Calvo, C. (1981). *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía*. Proceso Editores.
- Chirif, A. (2004). Introducción. En C. Valcárcel (Ed.), *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos* (pp. 15–77). CETA.
- Congiu, M. (2014). “*Chi sa sognare riesce a spostare le montagne*”: la figura di Carlos Fermín Fitzcarrald tra finzione e realtà. Università di Cagliari.

- Dillon, A. (2016). César Calvo o las otras mitades del Perú. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XLII(84), 317–336.
- Elguera, C. (2013). Ficción e historia en la representación cauchera de La vorágine y Las tres mitades del Ino Moxo. *Poligramas*, 37, 102–118.
- Espino, G. (2013). César Calvo: memoria del corazón entre el mito y la poesía. En J. Vásquez Valcárcel (Ed.), *Un río interminable de palabras. Expresión literaria en la Amazonía peruana* (pp. 39–54). Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Fernández, E. y Brown, M. (2001). *Guerra de sombras. La lucha por la utopía en la Amazonía peruana*. CAAAP, CAEA.
- García Hurtado, F. (2011). *El socio de Dios*. UAP.
- García Pérez, A. (28 de Octubre de 2007). El síndrome del perro del hortelano. *El Comercio*.
- Gow, P. (1991). *Of mixed blood. Kinship and History in Peruvian Amazonia*. Oxford University Press.
- Herrera, M. (2018). La construcción de la peruanidad de la Amazonía: el caso del IV Centenario del Descubrimiento del Río Amazonas de 1942. *Revista Del Instituto Riva-Agüero*, 3(2), 121–169. <https://doi.org/https://doi.org/10.18800/revistaira.201802.004>
- Herrera, M. (2020). *Ahora le toca a la Selva. Intellectuels, Amazonie et péruvianité autour du IVe centenaire de la découverte de l'Amazonie de 1942*. Université de Toulouse.
- Herzog, W. (2010). *Conquest o the useless. Reflections from the making of Fitzcarrald*. HarperCollins.
- Heymann, C. (2011). L'Amazonie péruvienne contemporaine au miroir de sa littérature: «Sélection Loreto 2006». *Caravelle*, 96, 133–148.
- Marcone, J. (2017). Ecología de un sueño: chamanismo, ecumenismo y textualidad amazónicas en Las tres mitades de Ino Moxo de César Calvo. En J. García Liendo (Ed.), *Migración y frontera. Experiencias culturales en la literatura peruana del s. XX* (pp. 315–336). Iberoamericana/Vervuert.
- Mariátegui, J. C. (1984). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca Amauta.
- Monod, J. (1980). Herzog: la colère des Jivaros. *Journal de La Société Des Américanistes*, 67, 450–460.
- Otero Mutín, R. (2015). *Fitzcarrald. Pionero y depredador de la Amazonía*. Pakarina Ediciones.

- Pau, S. (2019). *Más antes, así era. Literaturas del caucho en la Amazonía peruana*. Pakarina Ediciones.
- Pennano, G. (1988). *La economía del caucho*. CETA.
- Pineda, R. (1985). *Historia oral y proceso esclavista en el Caquetá*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
- Reyna, E. (1942). *Fitzcarrald. El rey del caucho*. Taller Gráfico P. Barrantes C.
- Rivera, J. E. (1980). *La vorágine*. Biblioteca Ayacucho.
- Romio, S. (2016). Los awajún contra Herzog. Uso del conflicto en la construcción del liderazgo indígena. En F. Correa, P. Erikson & A. Surrallés (Eds.), *Política y poder en la Amazonía. Estrategias de los pueblos indígenas en los nuevos escenarios de los países andinos* (pp. 208–232). Universidad Nacional de Colombia.
- Sabourin, É. (1980). L'affaire Herzog. *Journal de La Société Des Américanistes*, 67, 441–450.
- Santos Granero, F. (2020). *Esclavitud y utopía. Las guerras y sueños de un transformador del mundo asháninka*. IEP, STRI, CAAAP.
- Santos Granero, F. y Barclay, F. (2002). *La frontera domesticada. Historia económica y social de Loreto 1850–2000*. Fondo Editorial PUCP.
- Valdez, Z. (1942). *La exploración del río Madre de Dios por Carlos Fermín Fitzcarrald*. Imprenta H. Reátegui.
- Valdez, Z. (1944). *El verdadero Fitzcarrald ante la historia*.
- Varese, S. (1973). *La sal de los cerros*. Retablo de Papel.

## Anexo. Contraste entre las dos versiones de Zacarías Valdez y la novela de Calvo

Pág.	<i>La exploración del río Madre de Dios por Carlos Fermín Fitzcarrald (1942)</i>	Pág.	<i>El verdadero Fitzcarrald ante la historia (1944)</i>	Pág.	<i>Las tres mitades de Ino Moxo (1981)</i>
9	“Tuvimos media hora de combate. Ante nuestra actitud enérgica tuvieron que retroceder.”	17 18	“Tuvimos media hora de fiero combate e infligimos numerosas bajas a los salvajes que tuvieron que retirarse ante la enérgica actitud de nuestros combatientes.”	205	“Tuvimos media hora de fiero combate’ -dice <b>Zacarías Valdez, uno de los 500 mercenarios.</b> <b>‘Al final</b> infligimos numerosas bajas <b>entre</b> los salvajes que tuvieron que retirarse ante la enérgica actitud de nuestros combatientes...”
		18	“Los indios Mashcos, una de las tribus más belicosas que hasta hoy existen, residían en el río Colorado y se hallaban diseminados en las márgenes del Madre de Dios y del Manu; pero ante el hostigamiento recibido de parte de <b>la gente de Fitzcarrald</b> tuvieron que retirarse más al interior del Colorado y a sus <b>primitivas</b> tierras comprendidas en los ríos de cabecera que en idioma de ellos se denominan Pinquene, Panahua, Cumarjani y Sutitija que son afluentes del Manu.”	205 206	“Los indios mashko residían en el río Colorado y se hallaban diseminados en las márgenes del Madre de Dios y del Manu, pero el hostigamiento recibido de parte de <b>nuestra gente, gente de gran cauchero Fitzcarrald</b> , tuvieron que retirarse más al interior del Colorado y a sus <b>primeras</b> tierras comprendidas en los ríos de cabecera que en idioma de ellos se denominan Piuquéne, Panáhua, Cumarjáni y Sutitija, que son afluentes del Manu.”
		18	“Particularidad notable en estos salvajes es <b>la de</b> que tienen estatura elevada y están dotados de barbas, muchas bien pobladas...”	206	“ <b>Debo contar</b> que una particularidad notable de estos salvajes es que tienen estatura <b>bien</b> elevada y están dotados de barbas muchas <b>de ellas</b> bien pobladas...”
	“Fitzcarrald, viendo que los caucheros estaban indignados, resolvió atacar la población de indios que habíamos dejado abajo del Sutitija. Surcamos con todo el personal. Faltando una vuelta para llegar al pueblo, Fitzcarrald ordenó que salieran 800 hombres para rodearlos y con orden de dar una señal cuando ya estaban rodeados.”	18 19	“Fitzcarrald resolvió castigarlos y dispuso atacarlos en su población que se hallaba poco aguas abajo del Sutitija. Embarcado <b>el</b> personal en numerosas canoas se emprendió la marcha y <b>a</b> una vuelta antes de llegar al pueblo desembarcaron <b>ochocientos</b> hombres con el objeto de rodearlo por tierra y con orden de dar una señal convenida en el instante oportuno.”	206	“Fitzcarrald resolvió castigarlos y dispuso atacarlos en su <b>gran</b> población que se hallaba poco aguas abajo del Sutitija. Embarcado <b>nuestro</b> personal en numerosas canoas se emprendió la marcha y una vuelta antes de llegar al pueblo desembarcaron <b>800</b> hombres con el objeto de rodearlo por tierra y con orden de dar una señal convenida en el instante oportuno.”



9 10	<p>“Mientras tanto las embarcaciones surcaban despacio por el río esperando la señal convenida. A las 4 de la tarde percibimos una descarga cerrada. Era que ya se había iniciado el combate. Cuando nosotros llegamos ya había sido tomada la población.</p> <p>De los Mashcos había muchos muertos, es decir, hombres de guerra, porque como estaban preparados para luchar habían alejado a las mujeres y muchachos. Después del combate, Fitzcarrald ordenó juntar los cadáveres y quemarlos. Debido a este acto fúnebre los indios bautizaron con el nombre de Mascho Rupana (indio Mashco quemado) a este sitio.”</p>	<p>“Mientras tanto, las embarcaciones continuaron surcando despacio por el río. A las cuatro de la tarde escuchamos una descarga cerrada, era que <b>se había</b> iniciado el combate. Cuando llegamos al lugar de la acción ya el poblado había caído en poder de los nuestros. Los <b>Mashcos</b> perdieron muchos guerreros <b>q quedaron</b> para defender las casas, <b>entre</b> tanto que las mujeres y muchachos habían sido alejados con tiempo. Terminado este primer encuentro se recogió los cadáveres y se les quemó. Debido a este acto fúnebre los <b>Piros</b> que iban con nosotros bautizaron <b>al</b> lugar con el nombre de 'Mashco Rupuna' (Indio Mashco Quemado).”</p>	<p>“Mientras tanto, las embarcaciones continuaron surcando despacio por el río. A las cuatro de la tarde escuchamos una descarga cerrada: era que <b>habían</b> iniciado el combate. Cuando llegamos al lugar de la acción ya el poblado había caído en poder de los nuestros. Los <b>maskho</b> perdieron muchos guerreros <b>que se habían quedado</b> a defender <b>sus</b> casas en tanto que las mujeres y muchachos habían sido alejados con tiempo. Terminado este primer encuentro se recogió los cadáveres y se les quemó... Debido a este acto fúnebre los <b>indios piro</b> que iban con nosotros bautizaron el lugar con el nombre de Mashko Rupuna <b>que quiere decir</b> Indio Mashko Quemado.”</p>
10	<p>“En seguida se generalizó el combate por todas partes. Ya no se podía tomar agua en el río Manu, porque se encontraba sembrado de cadáveres de Mascos y caucheros, porque la guerra era a muerte.</p> <p>Por fin se logró desalojar a los indios Mashcos del río Manu, pero seguían peleando, y en los afluentes ya no se trabajaba caucho, paralizando así todas las actividades.”</p>	<p>“No terminó aquí la lucha, <b>había</b> que continuar atacando a los salvajes <b>y aquella</b> se generalizó, combatiéndose en diferentes lugares, causándose muchas bajas en una guerra a muerte, a tal extremo que numerosos <b>cadáveres de caucheros y de indios mashcos</b> bajaban flotando por el Manu y sus aguas ya no podían beberse. Por fin se logró desalojar a los salvajes <b>maskhos</b> del río Manu, <b>aún</b> cuando no del todo, puesto que continuaban con sus incursiones y molestando a los trabajadores, teniéndose que paralizar las actividades extractivas de caucho en esos lugares para <b>trasladarse a otros</b> donde <b>hubiese</b> más tranquilidad.”</p>	<p>“<b>Pero</b> no terminó aquí la lucha. <b>Había</b> que continuar atacando a los salvajes. <b>Entonces la</b> <b>lucha</b> se generalizó combatiéndose en diferentes lugares, causándose muchas bajas en una guerra a muerte, a tal extremo que numerosos cadáveres bajaban flotando por el río Manu y sus aguas ya no podían beberse. Por fin se logró desalojar a los salvajes del Manu, aun cuando no del todo, puesto que continuaban <b>los maskho</b> con sus incursiones y molestando a <b>nuestros</b> trabajadores, teniéndose <b>por fin</b> que paralizar las actividades extractivas de caucho en esos lugares para <b>trasladarnos a otro</b> donde <b>hubiera</b> más tranquilidad...”</p>
20	<p>20</p>	<p>208</p>	<p>“Bajo del cielo rojo, el agua roja. Todos los mercenarios de Cumaria, de Cuenga, del Unina, surcan el Urubamba. Centenas de cañoas rebosantes de víveres, cajones y cajones</p>



		<p><b>otros empleados, emprendió viaje</b> surcando el Urubamba con numeroso convoy de canoas cuyo cargamento además de víveres, consistía de muchos cajones de carabinas 'Winchester' calibre 44 y enorme cantidad de balas.”</p>	<p>de carabinas winchester calibre 44, <b>responde al llamado de guerra de Fermin Fitzcarrald.</b>”</p>
	<p>21</p>	<p>“No faltaba también licores finos como cognac y champaña. Llegados al varadero del Camisea, el personal mestizo y los indios piro se encargaron de pasar la carga y las canoas por el referido varadero hacia el Manu, bajando por el cual llegamos al puesto de la boca del Cashpajali donde se encontraba el representante Maldonado, al tiempo que los caucheros carecían ya de sus dotaciones de balas.”</p>	<p>“—No nos faltaba tampoco ni licores finos como cognac y champaña’, <b>informa el cauchero Zacarías Valdez.</b> <b>Los expedicionarios se apresuran, llegan al varadero del río Camisea, desembarcan. Sus servidores, mestizos e indios piro, sacan de las canoas los cajones franceses, carne enlatada, vinos, los cargan a la orilla. Los pioneros del caucho, del progreso, almuerzan, ríen, brindan por una guerra, winchesters contra flechas, que ya saben ganada.</b> Luego abordan de nuevo sus piraguas, dejan atrás el varadero, penetran hacia el Manu, arriban fatigados a su cuartel general en la boca del río Kashpajali. Justo a tiempo llegaron. Porque el representante de su jefe, un señor Maldonado, les informó <b>que a causa de los indios, tanto bárbaro muerto,</b> los caucheros de esa zona habían terminado antes del plazo su dotación de balas.”</p>
	<p>21</p>	<p>“En este intervalo como los salvajes <b>Mashcos continuaban con sus ataques</b> a los puestos caucheros, <b>se iniciaron correrías</b> contra sus propios poblados, despachándose con este objeto cientos de hombres perfectamente armados a los ríos Sutilija, Cumarjali, Panahua y Piuquene, sorprendiéndose <b>en estos lugares</b> a los salvajes <b>durante la madrugada</b> mientras se hallaban entregados al sueño. Nuestros combatientes</p>	<p>“—‘En ese intervalo’, <b>continúa Zacarías Valdez,</b> ‘como los salvajes <b>insistían en atacar</b> a los puestos caucheros, iniciamos <b>cacerías</b> contra sus propios poblados despachándose con este objeto cientos de hombres perfectamente armados a los ríos Sutilija, Cumarjali, Panahua y Piuquene, sorprendiendo a los salvajes mientras se hallaban entregados al sueño. Nuestros combatientes, como señal inequívoca de su acción,</p>

		<p><b>estuvieron constituidos en su mayoría por caucheros piros y campas</b>, los que a su regreso trajeron, como señal inequívoca de su acción los indiecitos prisioneros y pedazos de oro que encontraron por esos parajes.”</p>	<p>trajeron a su regreso dos indiecitos prisioneros y pedazos de oro que encontraron en esos parajes.”</p>
<p>10- 11- 12</p>	<p>“En esa enorme canoa nos embarcamos, pero antes de esto, Fitzcarrald llamó a todos los caucheros y les dijo: ‘Los que están resueltos a no volver a su terruño, que se presenten’. De cientos de hombres que estábamos presentes, los primeros en presentarse fueron Alfredo Cockburn y Pedro Sarria, limeños; Erasmo Zorrilla, de Ica; Carmen López, de Moyobamba; y más 30 indios Piros, seleccionados como guerreros. [...] Teníamos que enfrentar a indios feroces, corpulentos, verdaderos gigantes, con quienes cuerpo a cuerpo no era de arriesgarse a luchar. Nosotros llevamos como armas de fuego Carabinas ‘Winchester’, calibre 44, como único código para imponer nuestra ley, que andando el tiempo se hizo la ley del cauchero. [...] Navegando ya en el río Madre de Dios, después del Manu, descubrimos el río Colorado en la margen derecha, donde había un Pueblo de Mashcos. Fitzcarrald ordenó atracar la canoa arriba del pueblo. Al divisarnos los Mashcos se vinieron a toda carrera a atacar a nuestra embarcación. Pero se encontraron con 30 carabineros que los hacían fuego. Como los Mashcos nunca habían visto armas de fuego ni habían oído el estampido de los tiros de carabina, se detuvieron a cierta</p>	<p>“Vuelta la calma y después de permanecer algunos días en la casa de Cashpajali, se organizó una nueva expedición [...]. Antes de marchar, Fitzcarrald convocó a todos los caucheros y les dijo: ‘Los que no estén resueltos a volver a su terruño, que se presenten’. De cientos de hombres que nos hallamos reunidos, los primeros en dar un paso adelante fueron: Alfredo Cockburn y Pedro Sarria, limeños; Erasmo Zorrilla, de Ica; Carmen López, de Moyobamba; y yo, natural de Huanta, además de 30 Piros seleccionados como hábiles guerreros. Las armas que utilizamos eran carabinas ‘Winchester’ y constituían al único código para imponer la ley del más fuerte, como andando el tiempo se hizo ley del cauchero. [...] Ya en pleno Madre de Dios, descubrimos un río por la margen derecha, que fué denominado Colorado. Acoderamos la canoa poco arriba de un poblado de <b>salvajes Mashcos</b> que, como hemos dicho, eran unos indios feroces y corpulentos con quienes cuerpo a cuerpo no era de arriesgarse a luchar; vinieron a toda carrera a atacar nuestra embarcación, pero se encontraron con treinta carabineros que les hacían fuego cerrado. Como nunca habían conocido armas de fuego, los estampidos de los carabineros y la muerte que sembraban en sus filas los contuvo a</p>	<p>“Vuelta la calma y después de permanecer algunos días en la casa de Kashpajali, se organizó una nueva expedición. Antes de marchar Fitzcarrald convocó a todos los caucheros y les dijo: —Los que estén resueltos a no volver a su terruño, ¡que se presenten! ‘De cientos de hombres que nos hallábamos reunidos, los primeros en dar un paso adelante fueron: Alfredo Cockburn y Pedro Sarria, limeños; Erasmo Zorrilla, de Ica; Carmen López, de Moyobamba; y yo, <b>Zacarías Valdez</b>, natural de Huanta, además de 30 piros seleccionados como hábiles guerreros. ‘Las armas que utilizamos eran carabinas winchester y constituían al único código para imponer la ley del más fuerte, como andando el tiempo se hizo ley del cauchero. ‘Ya en pleno río Madre de Dios, por la margen derecha descubrimos un afluyente que fue denominado Colorado. La cosa fue así: acoderamos poco arriba de un poblado de mashkos que, como ya he dicho, eran unos indios feroces y corpulentos con quienes no podíamos arriesgarnos a luchar cuerpo a cuerpo. Vinieron a atacarnos a toda carrera pero se encontraron con 30 carabineros que les hacían fuego cerrado. Como ellos nunca habían conocido armas de fuego, los estampidos de los carabineros y la</p>

	<p>distancia. Y de allí principiaron a lanzarnos sus flechas.</p> <p>El combate duró más de dos horas. Triunfamos gracias a nuestras carabinas 44, invadiendo después nuestros guerreros Piro las casas de los indios bravos, donde no encontraron más que muertos y heridos. Entre los heridos había un muchacho, que cuando se le daba comida nos quería morder.</p> <p>En dicho lugar Fitzcarrald plantó la bandera peruana. Y lo bautizó a ese río con el nombre de Colorado por ser sus aguas turbias y rojas.”</p>		<p>cierta distancia desde donde empezaron a lanzarnos sus flechas. El combate duró poco más o menos unas dos horas y triunfamos gracias a nuestras armas. Los guerreros Piro, diestros tiradores, terminaron el combate persiguiendo a los atacantes hasta sus casas en donde no encontraron más que muertos y heridos entre los cuales había un muchacho ferozmente bravo que al ofrecérselo comida quería mordernos.</p> <p>En este lugar Fitzcarrald plantó la bandera peruana y bautizó el río acabado de descubrir con el nombre de Colorado debido a que sus aguas turbias tenían rojo...”</p>		<p>muerte que sembraban en sus filas los contuvo a cierta distancia desde donde empezaron a lanzarnos flechas. El combate duró poco más o menos dos horas y triunfamos gracias a nuestras armas. Los guerreros piro, diestros tiradores <b>enseñados por nosotros, totalmente fieles a nuestra causa</b>, fueron quienes terminaron el combate persiguiendo a <b>esos salvajes</b> hasta sus casas en donde no encontraron sino muertos y heridos, entre los cuales había un muchacho ferozmente bravo que al ofrecérselo comida hasta quería mordernos.</p> <p>‘En ese lugar Fitzcarrald plantó la bandera peruana y bautizó el río que acabábamos de descubrir, con el nombre de Río Colorado. Río Colorado, así mismo, debido a que sus aguas turbias <b>se cubrieron de rojo...</b>’</p>
<p>12</p> <p><b>salvajes de la América no habían logrado salir a la Edad de la piedra labrada, del hombre primitivo.”</b></p>	<p>“Seguimos el viaje, felizmente los Mashcos no tenían canoas para seguimos, solamente tenían embarcaciones de palos abiertos a fuego, que les servían únicamente para vadear el río, no conocían herramienta de ninguna clase y solo tenían hachas de piedra. <b>Estos pobres indios salvajes de la América no habían logrado salir a la Edad de la piedra labrada, del hombre primitivo.”</b></p>	<p>23 24</p>	<p>“Con felicidad para nosotros los Mashcos que acabábamos de castigar ejemplarmente a los canoas, sino unos troncos abiertos a fuego que no les servían de gran cosa <b>para perseguirnos, pues</b> hasta ellos no habían llegado todavía las modernas herramientas de trabajo y utilizaban nada más que hachas de piedra de forma primitiva.”</p>	<p>214</p>	<p>“Con felicidad para nosotros los mashkos que acabábamos de castigar ejemplarmente no tenían canoas <b>para perseguirnos, reinicia su relato el expedicionario Zacarías Valdez.</b></p> <p><b>No tenían piraguas</b> sino unos troncos abiertos a fuego que no les servían de gran cosa. Hasta ellos no había llegado todavía la herramienta moderna de trabajo. Utilizaban nada más que hachas de piedra de forma primitiva...”</p>
		<p>24 25</p>	<p>“Un día más abajo de la boca de este río encontramos una población diferente a la de los salvajes, creímos por un momento haber llegado donde <b>estaban</b> los brasileños. Estando <b>aún como</b> a quinientos metros de distancia del puerto sus habitantes izaron una bandera, <b>como</b> imitándonos, pues <b>nosotros</b> llevábamos la</p>	<p>214</p>	<p>“Un día más abajo encontramos una población diferente a la de los salvajes, creímos por un momento haber llegado donde los brasileños <b>de la frontera</b>. Estando nosotros a quinientos metros de distancia del puerto, sus habitantes izaron una bandera, imitándonos pues llevábamos <b>el bicolor</b> peruano en la popa de la <b>embarcación.</b>”</p>

			<p>Fitzcarrald, armado de un antejojo largavista, se dio cuenta que era bandera boliviana y exclamó emocionado: —¡Estamos navegando el río Madre de Dios! Los bolivianos nos colmaron de atenciones agasajándonos con un regío banquete en el que <b>hicimos</b> derroche de vinos generosos como lágrima christi, moscatel, Málaga, burdeos y champagne que obsequió nuestro jefe Fitzcarrald. No dejaré de consignar que nuestros anfririones se mostraron asombrados al ver tanto licor fino que llevábamos de rancho.”</p>
<p>14 17</p>	<p>“En el pueblo ‘El Carmen’, fuimos bien recibidos. Celebraron fiestas en nuestro honor durante 20 días, en los cuales fuimos tratados a cuerpo de rey e hicimos muchos recuerdos de nuestra tierra, de la costa y la sierra, donde se pasa una vida regalada y feliz. Pero como no era de quedarse allí por toda la vida. Hubo que pensar en el regreso, aunque muy a pesar nuestro. El señor Jesús Roca, socio de la Casa Suárez, poderosa firma boliviana, nos proporcionó dos buenas embarcaciones para la surcada. [...] Volvimos a recorrer nuestra primitiva trayectoria. Unos 25 indios Piroos iban por el monte resguardando las embarcaciones. A los 3 días de surcada, nos atacaron los indios Huarayos y nuevamente comenzó el combate. A los 25 Piroos que iban por el monte, en las</p>	<p><b>bandera</b> peruana en la popa de la <b>canoa</b>. Fitzcarrald, armado de un antejojo de larga vista se dio cuenta que era bandera boliviana y emocionado exclamó: “Estamos navegando el río Madre de Dios”. [...] Los <b>habitantes</b> bolivianos nos colmaron de atenciones agasajándonos con un regío banquete en el que <b>se hizo</b> derroche de vinos generosos como lágrima christi, moscatel, Málaga, burdeos y champagne que obsequió nuestro jefe Fitzcarrald. No dejaré de consignar que nuestros anfririones se mostraron asombrados al ver tanto licor fino que llevábamos de rancho, <b>eso nunca podrían haberse imaginado.</b>”</p>	<p>“Magníficamente recibidos, se celebraron fiestas en nuestro honor durante <b>varios</b> días, en los cuales fuimos tratados a cuerpo de rey e hicimos muchos recuerdos de nuestra tierra de la Costa y la Sierra, donde pasamos vida regalada y feliz. Pero como no era de quedarse allí para toda la existencia, hubo que pensar en el regreso aunque muy a pesar nuestro. El señor Jesús Roca, socio de la firma boliviana Suárez-Roca, poderosa negociación cauchera, nos proporcionó buenas embarcaciones para la surcada. Puestos en marcha, 25 guerreros piros iban por el monte <b>a pie, rastreando</b>, resguardando a las embarcaciones de posibles sorpresas. A estos 25 exploradores teníamos que vadearlos en las encañadas, o sea en las grandes extensiones del río en línea recta, al final de las cuales siempre había salvajes apostados, pero los nuestros los rodeaban por</p>
		<p>26 27</p>	<p>214 215</p>

<p>encañadas, o sea grandes extensiones del río en línea recta, los hacíamos vadear. En las playas y encañadas nos esperaron los indios para el combate, pero a su vez los nuestros que iban por tierra los atacaban, saliendo victoriosos siempre los Piro, nuestros aliados, porque solo combatían por detrás, mientras que los Huarayos nos esperaban en la ribera de río, para atacar a nuestras embarcaciones.”</p>	<p>al final de las cuales siempre había <b>indios</b> salvajes apostados <b>para atacarnos</b>, pero los nuestros <b>más listos</b> los rodeaban por tierra dando buena cuenta de ellos que confiados esperaban en la orilla a <b>las canoas que surcaban</b>. En esta forma los combates se decidían fácilmente a nuestro favor y sin bajas.”</p>	<p>tierra dando buena cuenta de ellos que confiados esperaban en la orilla a nuestros botes. En esta forma los combates se decidían fácilmente a nuestro favor y sin bajas <b>humanas</b>.”</p>
<p>29 30</p>	<p>“No queriendo darse ningún descanso Fitzcarrald planeó una segunda expedición hasta el pueblo del Carmen. [...] El propósito <b>de Fitzcarrald</b> era limpiar de salvajes mashcos y huarayos todo el Madre de Dios, por lo que se vio precisado a sostener nuevos combates a lo largo del viaje, pero como sus hombres ya estaban habituados a la lucha y eran aguerridos, el triunfo coronaba sus esfuerzos y así pudo desalojar a aquellos completamente de las márgenes del Madre de Dios, a tal punto que los huarayos se retiraron al Inambari y los mashcos al río Colorado.”</p>	<p>“No queriendo darse ningún descanso, Fitzcarrald planeó una segunda expedición hasta el pueblo del Carmen. Su propósito era limpiar de salvajes mashkos y huarayos todo el Madre de Dios, por lo que se vio precisado a sostener nuevos combates a lo largo del viaje, pero como sus hombres ya estaban habituados a la lucha y eran aguerridos, el triunfo coronaba sus esfuerzos y así pudo desalojar a aquellos completamente de las márgenes del Madre de Dios, a tal punto que los huarayos se retiraron al Inambari y los mashkos al río Colorado.”</p>
<p>53 54</p>	<p>“A las ocho de la mañana, en una encañada, comenzaron a atacarnos con flechas desde ambas orillas. <b>Aunque tuvimos dos hombres heridos los pamacaris nos defendían bien, puesto que las flechas no lograban atravesar la espesa mata de cañabravas que además estaba reforzada por dentro con ponchos y frazadas</b>. Los nuestros contestaban con disparos de carabina. [...] Nuestras embarcaciones seguían río abajo y dejamos la zona de lucha. A las cuatro de la tarde tuvimos el combate más encarnizado en cuyo</p> <p>215 216</p>	<p>“—¿<b>Alguna vez combatieron ustedes contra los amawaka? -Por supuesto, se enorgullece Zacarías Valdez, ‘peleamos varias veces contra esos antropófagos. Recuerdo especialmente una ocasión, a eso de las ocho de la mañana, en una encañada, comenzaron a atacarnos los amawaka con flechas desde ambas orillas. Los nuestros contestaban con disparos de carabina. Nuestras embarcaciones seguían río abajo y dejamos la zona de lucha. A las cuatro de la tarde tuvimos e</b></p>



	<p>curso resultó <b>otro hombre herido</b>. Logramos dominar la situación gracias a nuestras armas de fuego; pero los salvajes sólo dejaron de atacarnos cuando se les acabaron las flechas, <b>gritándonos</b> que esperaríamos hasta el día siguiente para reanudar el combate, pues <b>iban</b> a sus casas a traer más flechas. Se reflejaba en ellos <b>notable</b> espíritu guerrero que heredaron de sus antepasados los Incas.”</p>	<p>l combate más encarnizado en cuyo curso resultó <b>herido un hombre...</b>  —¿Un solo hombre?  —Un solo, nadie más’.  —¿No murió ningún amawaka?  —¡Ah!... De ellos mataríamos no menos de doscientos. Cuando los vimos ya vencidos atacamos y entramos al monte a perseguirlos. Cosa rara, no encontramos a nadie, quiero decir a nadie vivo, como si se los hubiera tragado la tierra, como si se hubieran vuelto invisibles. Logramos otra vez dominar la situación gracias a nuestras armas de fuego. Pero los salvajes reaparecieron como por encanto cuando embarcamos de nuevo en las canoas y sólo dejaron de atacarnos una vez que se les acabaron las flechas. Entonces <b>se pusieron a gritar pidiendo que</b> esperásemos hasta el día siguiente para reanudar el combate pues tenían que ir a sus casas para traer más flechas. <b>Bravos como los campá, quizás peores, eran los amawaka.</b> Se reflejaba en ellos el espíritu guerrero que heredaron de sus antepasados los inkas...”</p>
	<p>“<b>Como hice mención, en mis exploraciones me acompañó el Curaca Hohuaté, jefe de los campá.</b> Este Curaca fué también quien acompañó al Coronel Portillo en sus exploraciones por disposición de La Fuente, junto con otros <b>cuarenta hombres</b> de su tribu. El Coronel Portillo <b>que era un distinguido jefe de nuestro Ejército</b> y después Prefecto de Loreto, <b>de grata recordación</b>, una vez llegado al río Ucayali,</p>	<p>“Hubo un curaca campá, <b>informa el cauchero Zacarías Valdez</b>, un curaca amigo nuestro, su nombre era Hohuaté. Hohuaté fue quien acompañó al Coronel Portillo en sus exploraciones por disposición de La Fuente, junto con otros de su tribu ashanínka. El Coronel Portillo, distinguido jefe de nuestro Ejército y después Prefecto de Loreto, una vez llegado al río Ucayali, agradecido de los servicios del citado</p>

	50 51	<p>agradecido de los servicios del citado Curaca obsequió <b>a éste para su regreso</b> algunas armas de fuego entre ellas un revólver. Durante la surcada, a la altura de la confluencia del río Ene con el río Perené, en una fiesta de los campos del río Tambo a la que <b>fué invitado Hohuate por el Curaca</b> de los campos del Tambo, se originó una reyerta como resultado del masato que en gran cantidad habían ingerido y Hohuaté hirió con un tiro de revólver a <b>su antagonista</b>, embarcándose luego y siguiendo viaje con todos sus compañeros. Este incidente originó una irreconciliable enemistad entre ambos jefes <b>de tribu</b>.</p> <p><b>Relataré</b> algo más de la vida del Curaca Hohuate. Cuando <b>en 1905</b> el General Andrés Avelino Cáceres visitó Ayacucho, su tierra natal, pasó al Apurímac hospedándose en casa de Don Manuel La Fuente de quien era muy conocido, pues éste fué Sargento Mayor <b>del Ejército</b> en la época en que aquel desempeñó la Presidencia de la República y antes habían actuado juntos en las campañas de La Breña durante la guerra con Chile. El General Cáceres pidió a La Fuente que <b>le diera</b> al Curaca con el fin de bautizarlo, demanda que fué aceptada y Hohuate llevado a Ayacucho, recibiendo el bautizo en la catedral de dicha ciudad de manos del Obispo <b>de esa Diócesis</b>. El General Cáceres y el Senador Ruiz apadrinaron la ceremonia. Hohuate tomó el nombre de Andrés Avelino Cáceres y Ruiz. Colmado de regalos por sus padrinos regresó al Apurímac.”</p>	221	<p>curaca, le obsequió algunas armas de fuego, entre ellas un revólver.</p> <p>Durante la surcada, a la altura de la confluencia del río Ene con el río Perené, en una fiesta de los campos del río Tambo a la que asistió nuestro curaca Hohuaté, se originó una reyerta como resultado del masato que en gran cantidad se había ingerido, y Hohuaté hirió con un tiro de revólver <b>al curaca de los campos del río Tambo dejándolo tuerto</b>, embarcándose luego y siguiendo viaje con todos sus compañeros. Este incidente originó una irreconciliable enemistad entre ambos jefes <b>campa</b>.</p> <p><b>Algo más te diré</b> de la vida del curaca Hohuaté. Cuando el General Andrés Avelino Cáceres visitó Ayacucho, su tierra natal, pasó al Apurímac hospedándose en casa de Don Manuel La Fuente, de quien era muy conocido pues éste fué Sargento Mayor en la época en que aquel desempeñó la Presidencia de la República, y antes habían actuado juntos en las campañas de La Breña durante la guerra con Chile. El General Cáceres pidió a La Fuente que <b>le regalara</b> al curaca Hohuaté a fin de bautizarlo, demanda que fué aceptada. Hohuaté fué llevado a Ayacucho recibiendo el bautizo en la Catedral, de manos del Obispo. El General Cáceres y el Senador Ruiz apadrinaron la ceremonia. Y Hohuaté tomó el nombre <b>cristiano</b> de Andrés Avelino Cáceres y Ruiz.</p> <p>Colmado de regalos por sus padrinos, <b>el campá amigo nuestro</b> regresó al Apurímac.”</p>
--	----------	---	-----	---



		<p>“Como decía, La Fuente dispuso que este Curaca me acompañara en el viaje como conocedor que era del río. Uno de los primeros cuidados <b>de este magnífico guía</b> fué advertirme que no <b>podíamos</b> bajar sin armas porque los Huncunimas, salvajes que poblaban el Tambo, <b>sabían ya de nuestra empresa</b> y nos esperaban para atacarnos. Atendiendo el consejo volví a Huanta y compré regular cantidad de armas que los comerciantes tenían reservadas en sus almacenes, <b>entre ellas</b> carabinas 'Winchester', 'Remington', etc., y buena dotación de municiones.</p> <p>De regreso en el Apurímac ordené preparar seis grandes canoas <b>las</b> que fueron talabordadas, operación que consiste en acoplar a los costados de las embarcaciones troncos de madera flotante <b>como balsa, cedro, cético, palmera Tarapoto, etc.</b>, bien sujetos, que permiten una gran estabilidad e impiden el hundimiento. Terminados los preparativos seguimos viaje <b>el 6 de setiembre de 1906</b>, con más de cien hombres <b>entre costeños, serranos y campas</b>. Tres vueltas antes de llegar a la confluencia del Ene con el Perene, el Curaca Andrés Avelino me insinuó acoderar a la playa donde debíamos pernóctar y continuar el viaje en la madrugada, momento que creía oportuno para pasar la boca del Perene burlando la vigilancia del Curaca <b>a quien Hohuate</b> había herido <b>en la reyerita</b> y que <b>esperaba</b> para vengarse.”</p>	<p>52</p>	<p>“Como decía, La Fuente dispuso que este curaca me acompañara en el viaje, como conocedor que era del río. Uno de los primeros cuidados fue advertirme que no <b>debíamos</b> bajar <b>el río</b> sin armas porque los huncunimas, salvajes que poblaban el río Tambo, nos esperaban para atacarnos. Atendiendo el consejo <b>de este magnífico guía</b>, volví a Huanta y compré regular cantidad de armas que los comerciantes tenían reservadas <b>para nosotros</b> en sus almacenes, carabinas Winchester, remington, etcétera, y buena dotación de municiones.</p> <p>De regreso al Apurímac ordené preparar seis grandes canoas que fueron talabordadas, operación que consiste en acoplar a los costados de las embarcaciones <b>unos</b> troncos de madera flotante, bien sujetos, que permiten una gran estabilidad e impiden el hundimiento. Terminados los preparativos seguimos viaje con más de cien hombres. Tres vueltas antes de llegar a la confluencia del Ene con el Perene, el curaca Andrés Avelino <b>Cáceres y Ruiz</b> me insinuó acoderar en la playa, donde debíamos pernóctar, y continuar viaje por la madrugada, momento que él creía oportuno para pasar la boca del Perene y burlar la vigilancia del curaca <b>que él, Hohuate, había herido cuando era Hohuaté, y que seguramente lo estaría</b> esperando para vengarse.”</p>
		<p>“En efecto, atracamos a la playa y acampamos. Curioso fué ver al Curaca <b>Hohuate quitarse</b> las botas y el vestido de civilizado que tenía puestos y cubrirse con la cushma y pintarse el rostro con</p>	<p>222</p>	<p>“En efecto, atracamos en la playa y acampamos. Fue curioso ver al curaca <b>Andrés Avelino Cáceres y Ruiz</b> quitándose las botas y el vestido de civilizado que tenía puestos y cubrirse <b>de</b></p>

	<p>achiote lo que significaba que se ponía alerta para un posible combate. <b>Por mi parte</b> mandé traer cañabravas apropiadas que fueron partidas en lonjas y tejidas en forma de esteras con las que se construyó pamacaris en las seis canoas de la misma manera que hicimos durante la exploración del Madre de Dios. Me pareció muy natural cuando Hohuáte, después de sigilosas excursiones por el terreno, me manifestó que no había peligro alguno. A las 3 de la madrugada emprendimos viaje tomando el centro del río y sin hacer ruido alguno y pasamos a las 4 y 30 la boca del Perené sin que se dieran cuenta <b>aquellos que nos esperaban para atacarnos</b>. A las 6 y como a dos vueltas más abajo divisamos a dos campas que estaban pescando y nos preguntaron quiénes éramos. <b>El curaca Andrés Avelino contestó</b> Hohuáte! Al escuchar este nombre corrieron a sus casas a armarse y volviendo al puerto se embarcaron en su canoa bajando a todo remo a dar parte de nuestra presencia a sus restantes compañeros que no lejos estaban. A eso de las ocho de la mañana, en una encañada, comenzaron a atacarnos con flechas desde ambas orillas. Aunque tuvimos dos hombres heridos, los pamacaris nos defendían bien, puesto que las flechas no lograban atravesar la espesa malla de cañabrava que además estaba reforzada por dentro con ponchos y frazadas. Los nuestros contestaban con disparos de carabina al azar, toda vez que no se divisaba bulto alguno, pues los salvajes estaban metidos en el bosque.</p>	<p>222 223 224</p>	<p><b>nuevo</b> con la cushma y pintarse el rostro con achiote, lo cual significaba que <b>se volvía otra vez Hohuáte</b> y se ponía alerta para un posible combate. Yo mandé traer cañabravas apropiadas que fueron partidas en lonjas y tejidas en forma de esteras con las que se construyó pamacaris, <b>esos techos bajitos, sobre</b> las seis canoas, de la misma manera que hicimos durante la exploración del Madre de Dios. Me pareció muy natural cuando Hohuáte, después de sigilosas excursiones por el terreno, manifestó que no había peligro alguno. A las tres de la madrugada emprendimos viaje tomando el centro del río y sin hacer ruido alguno pasamos a las cuatro y treinta por la boca del Perené sin que se dieran cuenta <b>los salvajes</b>. A las seis, y como a dos vueltas <b>del río, más abajo, divisamos a dos campas</b> que estaban pescando y que nos preguntaron quiénes éramos. <b>Yo no respondí, nadie de nosotros dijo nada. Pero el curaca Andrés Avelino Cáceres gritó:</b> —¡Hohuáte! Y al escuchar ese nombre <b>los dos campas</b> corrieron a <b>traer sus armas</b> y volviendo al puerto se embarcaron bajando a todo remo en su canoa seguramente a dar parte de nuestra presencia a sus compañeros que no estaban lejos. <b>Nuestras embarcaciones, por efecto del talabordo, marchaban más despacio que las de los salvajes, por lo cual les fue fácil tomarnos la delantera.</b> A eso de las ocho de la mañana, en una encañada, comenzaron a atacarnos con flechas desde ambas orillas. Aunque tuvimos dos hombres heridos, los pamacaris nos defendían bien puesto</p>
--	---	----------------------------	---

El curaca Andrés Avelino se burlaba de sus contrarios bailando en la popa de la canoa, esquivando **con el cuerpo** las flechas y gritándoles que saliesen a la playa para verlos. A esto contestaban los atacantes diciéndonos que dejáramos de disparar con carabinas cuyas balas no **veían** por lo que no podían esquivarlas como hacía Hohuate con sus flechas y que **entonces** saldrían al claro para pelear flecha a flecha. **Nuestras embarcaciones seguían río abajo y dejamos la zona de lucha. A las 4 de la tarde tuvimos el combate más encarnizado en cuyo curso resultó otro hombre herido.** Logramos dominar la situación gracias a nuestras armas de fuego; pero los salvajes sólo dejaron de atacarnos cuando se les acabaron las flechas, gritándonos que esperaríamos **hasta el día siguiente para reanudar el combate, pues iban a sus casas a traer más flechas. Se reflejaba en ellos notable espíritu guerrero que heredaron de sus antepasados los Incas.**

que las flechas no lograban atravesar la espesa malla de cañbrava que además estaba reforzada por dentro con ponchos y frazadas. Los nuestros contestaban con disparos de carabina al azar, toda vez que no se divisaba bulto alguno pues los salvajes estaban metidos en el bosque, **ya habían probado lo que es arma de fuego.** El curaca Andrés Avelino **Cáceres y Ruiz** se burlaba de sus contrarios bailando en la popa de la canoa, esquivando las flechas con el cuerpo y gritándoles que saliesen a la playa para verlos. A esto contestaban los atacantes diciéndonos que dejáramos de disparar con carabinas, cuyas balas **no podían ver**, por lo que no podían esquivarlas como hacía Hohuaté con sus flechas, y diciéndonos que ellos saldrían al claro a pelear **con quien sea pero de igual a igual, frente a frente y flecha contra flecha...** Logramos, pues, dominar la situación **otra vez** gracias a nuestras armas de fuego, pero los salvajes sólo dejaron de atacarnos cuando se les acabó la dotación de flechas. Gritaron que esperaríamos, que iban a traer más. Nosotros continuamos bajando por el río y acampamos en una playa a eso de las seis de la tarde. Se hizo guardia durante  **toda**  la noche. Y la noche pasó sin novedad, **eso creíamos**, habíamos dejado **bien** atrás la región que ofrecía peligros. **La noche pasó sin novedad únicamente para nosotros los peruanos. Los indios que nos acompañaban, salvajes de la tribu de Hohuaié, nos despertaron temprano con sus gritos: el curaca Andrés Avelino Cáceres y Ruiz había muerto con un dardo envenenado en el centro**

		<p>Continuamos bajando y acampamos en una playa a eso de las seis de la tarde; se hizo guardia durante la noche, <b>que</b> pasó sin novedad <b>pues</b> habíamos dejado atrás la región que ofrecía peligros, <b>allí donde habitaban los irreductibles salvajes que acababan de darnos pruebas de su arrogancia.</b>"</p>	<p><b>del pecho, cosa que no entendimos pues él había dormido dentro de nuestro bote, como una concesión especial, bien protegido por los carabineros que no se habían movido de sus puestos de centinela.</b></p> <p>—¡Inganíteri, el curaca Inganíteri lo ha viroteado!, gritaba el más viejo de la tribu de Hohuaté. Yo pregunté quién era Inganíteri, pensando tomar venganza contra él pues creí que se trataba de uno de los campas que nos acompañaban. El lugarteniente de Hohuaté me informó que Inganíteri era un gran brujo, un shirimpíare, precisamente el jefe campá que resultó herido por el revólver de Hohuaté y perdió un ojo en esa fiesta, tiempo atrás...<sup>10</sup></p>
		<p>"Al siguiente día, 9 de julio emprendieron la surcada a bordo de la lancha 'Adolfito', <b>que como manifestamos, estaba comandada por Perla.</b> Después de varias horas de navegación llegaron a la <b>altura de la</b> corrientada del Mapalja, en el Urubamba. La embarcación, como <b>pequeña que</b> era y de poco calado iba pegada a la <b>playa de</b> la orilla a toda marcha. En esta forma al llegar a un codo cuya vuelta debía dar, en lugar de abrirse para entrar de proa para entrar en la corriente, siguió navegando pegada a la orilla y recibió de costado toda la fuerza de <b>la corriente</b> que la desvió de su ruta. El <b>práctico</b> maniobró para enderezarla y en el esfuerzo se rompió la cadena del timón, perdiendo todo control. <b>Al darse cuenta</b> los tripulantes que la lancha marchaba sin gobierno, se lanzaron al agua, salvándose a nado, <b>inclusive Perla,</b> a excepción de Fitzcarrald y Vaca Díez, que se</p>	<p>"Al siguiente día, era 9 de Julio, dice con amargura el expedicionario Zacarías Valdez desde un folleto editado en 1944, desde un opúsculo titulado El Verdadero Fitzcarrald ante la Historia. Al siguiente día Fitzcarrald emprendió la surcada a bordo de su barco 'Adolfito'. Después de varias horas de navegación llegaron a la corrientada del Mapalja, en el río Urubamba. La embarcación, como era de poco calado, iba pegada a la orilla, a toda marcha. En esta forma, al llegar a un codo <b>del río</b> cuya vuelta debía dar, en lugar de abrirse de proa para entrar a la corriente, siguió navegando pegada a la orilla y recibió de costado toda la fuerza <b>del río</b> que la desvió de su ruta. El <b>motorista, un viejito que apellidaba Perla,</b> maniobró para enderezar el <b>barco</b> y en ese esfuerzo se rompió la cadena del timón, perdiendo todo control. Los tripulantes, al darse cuenta que la lancha marchaba sin</p>

encontraban en el camarote, ignorantes de lo que ocurría. Sin gobierno la lancha, y, abandonada también por el **maquinista**, que **no atinó a parar la máquina antes de lanzarse** al agua, enfiló a toda velocidad hacia el remolino, entrando en él, volcándose y hundiéndose. [...] Acaecida la tragedia y después de verificado el recuento de los sobrevivientes, quedaron los remeros piro con orden de efectuar la búsqueda de los cadáveres, habiendo encontrado a los dos días el de Fitzcarrald atascado en la palizada de un remanso. Fué enterrado en la boca del Inuya, afluente del Urubamba.”

40

41

gobierno, se lanzaron al agua salvándose **todos** a nado a excepción de Fitzcarrald y **del magnate cauchero boliviano** Vaca Diez, que se encontraban en el camarote ignorantes de lo que ocurría **afuera, celebrando el pacto de unión de sus empresas para explotar toda la Amazonia.**

'Sin gobierno la lancha y abandonada también por el **motorista** que **en vez de avisar a los dos magnates sólo atinó a lanzarse** al agua **sin siquiera detener antes la máquina, el 'Adolfiro'** enfiló a toda velocidad hacia el remolino, entrando en él, volcándose y hundiéndose.

'Acaecida la tragedia y después de verificado el recuento de los sobrevivientes, **notamos que el viejito Perla no estaba, seguro que él también había muerto. Quedaron entonces nuestros** remeros piro con orden de efectuar la búsqueda de los cadáveres, habiendo encontrado a los dos días el  **cuerpo de Fermín Fitzcarrald atascado** en la palizada de un remanso. **Nunca se halló el cadáver del cauchero boliviano Vaca-Diez ni el cadáver del motorista Perla. La tragedia fue más de lo que supones, me dice Zacarias Valdez, porque en el camarote del 'Adolfiro' los dos caucheros más grandes del Perú y Bolivia estaban festejando la fusión de sus fuerzas para explotar mejor el caucho y traer más progreso para la Amazonia y para la Patria...**  
**El cuerpo de Fermín Fitzcarrald** fue enterrado allí, en la misma boca del Inuya, **ese maldito afluente del Urubamba.**”

227

228

		42	<p>“Los salvajes aprovecharon de esta coyuntura para asaltarlos, <b>asesinarlos, incendiar sus casas y saquear las mercaderías.</b> Los indios Amahuaca comenzaron por asesinar a Delfin Fitzcarrald, hermano del cauchero inolvidable, en el río Purús, y los Piro hicieron lo propio en el Curiyacu, afluente del río de Las Piedras, con Carlos Sharfe, Leopoldo Collazos y todos los empleados de éstos, dejando con vida sólo a las mujeres y a los niños <b>que tomaron como rehenes.</b>”</p>	228	<p>“Los salvajes se aprovecharon de esta coyuntura para asaltar a los caucheros. Los indios amawaka comenzaron por asesinar <b>nada menos que</b> a Delfin Fitzcarrald, hermano del cauchero inolvidable, en el río Purús. Y los piro, <b>nuestros antiguos aliados,</b> hicieron lo propio en el Curiyane, afluente del río de Las Piedras, <b>matando</b> a Carlos Shonfe, a Leopoldo Collazos y a todos los empleados de éstos, dejando con vida sólo a las mujeres y a los niños...”</p> <p><b>“Es que por ese entonces los salvajes usaban armas de fuego. Ya alguien les había enseñado a disparar...”</b><sup>17</sup></p>
--	--	----	--	-----	---

